

BT450
VS

ES PROPIEDAD



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125308



PENAS hay en la historia ejemplo de una rabia más tenaz y de un empeño más rencoroso que el de los judíos por levantar la cruz de Jesucristo y verle clavado en ella. Y cuando satisfechos ya de su venganza le contemplaron crucificado, insultándole con escarnio le decían: «¡Vamos á ver! ¡á que no bajas de esa cruz! Eso que eres, según tú dices, Mesías é Hijo de Dios, y tienes poder del cielo para salvar á otros. Si bajas, creeremos todo cuanto aseguras».

¡Infelices! ¡qué lejos estaban de sospechar lo que hoy está pasando! Hoy sus nietos darían cualquiera cosa por desterrar de la tierra aquella

cruz que entonces sus abuelos levantaron. Y ¡no pueden! y se la encuentran por todas partes, en todos los pueblos, en todas las calles, en todos los templos, en las coronas, en los edificios, en los caminos, en las escuelas, en los tribunales, en los corazones de infinita muchedumbre.

Con la misma rabia con que sus padres levantaron la cruz el día de Viernes Santo, se empeñan ellos en el siglo actual en quitarla de todas partes. ¡Y no pueden lograrlo! ¡eso que tampoco ahora les faltan ni Herodes, ni Pilatos en los gobiernos del mundo que los ayuden en su empresa! ¡eso que cuentan con el apoyo de la masonería y con la influencia del oro!

Ni es posible que lo logren. ¡Maravillosa historia! La piedra que aquellos deicidas desecharon es hoy la piedra angular del mundo. Todo ese cristianismo tan abominable á los judíos vive inmortal en aquel Cristo que ellos sacrificaron. Aquel árbol sobre el cual tan furiosos hachazos descargaron florece sin cesar preciosísimo por su flor que es Cristo, riquísimo en hojas que son sus gracias y fecundísimo en frutos que son sus santos; y puede muy bien decir la Iglesia todos los años:

*Arbor una nobilis,
Nulla silva talem profert
Fronde, flore, germine.*

«Árbol noble entre todos: ninguna selva produce otro que se le iguale ni en hojas, ni en flor, ni en fruto».

Creían los que crucificaron á Cristo que con crucificarle estaba todo concluído, y ha sucedido lo contrario. Ellos pensaban que si moría Jesucristo en la cruz nadie podría creer que era el Mesías, y el mundo cree que es el Mesías porque murió en la cruz. Pensaban que si moría el Maestro en la cruz todos sus discípulos perderían la esperanza que tenían en él, y el mundo religioso no encuentra otra esperanza segura de salvación sino en el que murió en la cruz. Pensaban que nadie adoraría ni amaría á un ajusticiado en la cruz, y todo el orbe católico está postrado al pie de la cruz.

¡Qué desengaño para los judíos! ¡Qué rabia! ¡Qué desesperación! ¡No poder, aun capitaneando á toda la masonería del mundo, suprimir al Crucificado y encontrárselo todavía al cabo de veinte siglos como el signo de contradicción, *signum cui contradicetur*, como lo había profetizado su anciano Simeón!

Pero para los cristianos ¡qué seguridad, qué consuelo, qué esperanza, ver que nunca se abate nuestro lábaro de victoria, que nunca baja Cristo de la cruz!

La devoción á Jesucristo crucificado es la

primera de las devociones de la Iglesia, y como la fuente de vida de los cristianos. Porque, en efecto, la vida sobrenatural cristiana no es otra cosa que fe, esperanza y caridad. Ahora bien; nada más apto para excitar estas virtudes que la devoción á Jesucristo crucificado, en el cual se encuentra la clave de la fe católica, la fuerza de la esperanza cristiana y la plenitud de la caridad divina.

Por lo cual hoy que en el mundo se combate tanto á nuestra fe, á nuestra confianza y á nuestra caridad para con Dios, es preciso que fijemos más y más nuestra atención en ese crucifijo adorándolo como á nuestra única esperanza: *O crux ave spes unica.*

I

La devoción á Jesús crucificado es la más á propósito para confirmarnos en la fe, porque el misterio de la cruz más que ningún otro misterio derrama torrentes de claridad sobre toda la doctrina de la Iglesia. Teniendo delante un crucifijo se comprenden sin dificultad muchas verdades, de otra manera muy oscuras.

Acerca de Dios nos prueba su grandeza infinita, pues exige por su ofensa una satisfacción

infinita; su infinita justicia, pues hizo sufrir á Jesucristo tantos dolores; su infinita misericordia, pues por redimir á nosotros, pobres esclavos, entregó á la muerte á su Hijo amado; su infinita santidad, pues sólo porque cargó con la responsabilidad de nuestras culpas no perdonó ni á su propio Hijo; su infinita sabiduría y providencia en hallar tan estupenda manera de redimirnos conciliando todos sus atributos.

Acerca del hombre nos hace ver lo que vale la salvación de un alma, la gracia santificante y la gloria del cielo, pues por ellas se dignó morir en la cruz. En ese cuerpo llagado, deshecho, desfigurado, leemos como en ninguna parte cuán grande mal es el pecado, pues tanto sufrió Dios por destruirlo. En esos horribles dolores sufridos por el Nazareno vemos lo que aguarda en el infierno al que quiere morir en pecado; porque, como él dijo, si en el leño verde, en el florido y hermosísimo Nazareno se hizo tal destrozo, ¿qué se hará en los leños secos é infructuosos de los pecadores? La vanidad del mundo ¿quién no la está viendo en el desprecio que hace de él este Crucificado que muere completamente despojado de todo, desnudo, sin honra y hasta separado y levantado de la misma tierra?

Pero sobre todo quien aparece claro, ilumi-

nado con toda su luz, colmado de toda su perfección es el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Es hombre y hermano nuestro, pues puede satisfacer; y es Dios, pues puede satisfacer por una ofensa infinita. Es sacerdote sumo y es víctima preciosísima y la única que puede satisfacer por nuestros pecados. Se parece á nosotros en sentir los dolores como nosotros, en entristecerse su alma como nosotros, en ser afligido, perseguido, calumniado, oprimido como nosotros y más que nosotros. En lo que se diferencia infinitamente de nosotros es en sus virtudes: en ser más caritativo, y generoso, y paciente, y humilde, y misericordioso y constante que nosotros.

Además el crucifijo nos ofrece una prueba pasmosa de nuestra fe y un motivo estupendo de la credibilidad de nuestros artículos

Regnavit a ligno Deus.
Reinó desde una cruz Dios.

He aquí un verso que canta continuamente la Iglesia, el cual, en su brevísima sencillez encierra profundísima teología. Si es verdad ese verso, si hay alguno que á pesar de ser crucificado reina en el mundo, no lo dudéis, ese es el Mesías de que hablaron los Profetas, ese es el

Redentor, ese es el Dios fuerte que nos estaba prometido. Y no se necesita más prueba que ésta para nuestra fe.

En efecto, si examinamos los vaticinios del Antiguo Testamento y los reunimos, hallaremos que el Mesías profetizado tenía que ser un personaje inverosímil, antitético, casi imposible y aun á primera vista contradictorio. Cristo tenía que ser según las profecías:

Sacerdote sumo y víctima por el pecado.

Sanador de todas las enfermedades y varón de dolores.

León de Judá y cordero que, llevando sobre sí nuestras culpas, sería degollado.

Piedrecilla arrastrada por la tierra y monte que ocuparía todo el mundo.

Sillar desechado y piedra angular y clave del edificio religioso.

Perfección y corona y cumplimiento de la Ley Antigua y abrogación de ella.

Brazo de Dios, fortaleza de Dios que burlase todos los planes de las gentes y de los pueblos, de los reyes y los príncipes coligados contra él, y al mismo tiempo un perseguido que había de sucumbir á una trama violenta de esos mismos poderes.

Padre del siglo eterno, de una generación perpetua y al mismo tiempo muerto en la flor

de su edad, á los tres años de su aparición al mundo, en su vida pública, en la mitad de la semana setenta de Daniel.

En una palabra, Rey: *Ego autem constitutus sum Rex ab eo*. Y Rey de los judíos: *Super Sion montem sanctum ejus* (Ps. 2, 6). Y de todo el orbe: *Et adorabunt eum omnes reges terrae, omnes gentes servient ei* (Ps. 71, 11). Y Rey espléndido, triunfador, invencible, eterno; ¿quién no recuerda, si ha leído los salmos y profetas, aquellos rasgos brillantes con que le describen? Y al propio tiempo había de ser un siervo de lo más rebajado de la tierra, formado con el destino de ser humillado, abatido, arrastrado, «desechado—dice Isaías—lo último de los hombres... tal que hará apartar de sí los semblantes; no se le tendrá estima, se le mirará como á leproso, herido de Dios, humillado...: será hostigado y él sumiso no abrirá la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja callada ante el que la trasquila... y será muerto por opresión y tribunal» (Is. 53).

¿Qué más? El Mesías tenía que ser Dios: *Et vocabitur nomen ejus Emmanuel, Deus* (Is. 7, 14; 9, 6), y al mismo tiempo había de ser herido y abandonado de Dios: *Percussus a Deo* (Is. 53, 4). *Deus, Deus meus, quare me dereliquisti?* (Ps. 21, 2).

¿Hay cosas más contradictorias? ¿No parece cosa imposible la realización de conceptos tan opuestos entre sí? Lo que hay es que Dios, sabiduría infinita, para que nadie ni remotamente juzgase casualidad el cumplimiento de las profecías, puso en ellas caracteres de tan difícil combinación que á la humana razón le parece imposible. Y como los buenos grabadores ponen en los sellos ó documentos de mucha importancia rasgos tan encontrados y contraseñas tan complicadas, que por lo difícil de imitarlas hacen imposible toda falsificación, así el sabio de los sabios, Dios, para que nadie pudiese falsificar (si es lícito hablar así) ningún Mesías, puso en los vaticinios antiguos esa constante y complicadísima combinación de caracteres opuestos y entre sí casi irreconciliables.

Ahora bien; todos esos rasgos se cumplen en Jesucristo crucificado. Él es el nudo que une todas las profecías, él es la clave que traba toda la bóveda de los vaticinios, así de los arcos que suben hasta lo sumo de la gloria como de los que descienden á lo ínfimo de la humillación. Porque Jesucristo en la cruz es sacerdote y víctima; cordero degollado y león que va á triunfar; piedra desecheda y piedra angular; coronamiento y perfección del Antiguo Testamento y abrogador de él para fundar el Nuevo; juguete

é irrisión de la plebe y brazo de Dios, muerto violentamente en la flor de su edad y padre de una Iglesia eterna; siervo llagado y deshecho y Rey del orbe; abandonado de Dios é Hijo de Dios en quien confía aun en su abandono.

Y siendo todo esto, encierra en sí una prueba portentosa de la credibilidad de nuestra fe en Jesucristo, la cual consiste en la realización cabal en ese Crucificado de un cúmulo innumerable de profecías imposibles de unirse en otro que no sea el Mesías enviado por Dios.

Pero hay más. Cristo crucificado es una prueba de nuestra fe no sólo por ser el vínculo y consumación única de las profecías mesiánicas, sino además por ser el más estupendo de los milagros que se han visto sobre la tierra.

Gran milagro es un enfermo que sana, un ciego que ve, un cojo que anda, un sordo que oye y un mudo que habla. Pero mayor milagro que todo eso es un Crucificado que reina en el mundo sin más armas que su cruz: *Regnavit a ligno Deus*, sujetando y domando al orbe, como dice San Agustín, con la cruz y sin armas: *Non ferro sed ligno*.

Maravillosa es la sentencia que dijo Jesucristo

á los fariseos al fin de una de sus controversias con ellos: «Cuando levantéis en una cruz al Hijo del hombre, conoceréis que yo soy el Mesías» (Joann. 8, 28). Había hecho un sin fin de milagros, había derramado torrentes de sabiduría divina, había deshecho todas las objeciones, los había dejado sin palabra, obligando á la gente á exclamar «nunca hemos oído hablar así á ningún hombre»; y, sin embargo, no logró persuadir á los judíos que él era el Mesías. Y como quien apela á la última prueba, á la demostración sin réplica, añade confiado: «¡Cuando me crucifiquéis, veréis que yo soy el Mesías!»

Y, coincidencia pasmosa, apenas es crucificado Jesús, aparece por orden del Presidente sobre la cabeza del ajusticiado, escrito en las tres lenguas más conocidas, un título claro, evidente, que dice: «Este es Jesús Nazareno, el Rey de los judíos», es decir, el famoso Rey y Mesías prometido á los judíos como dominador de todo el mundo. Y por más que se lo rogaron, no quiso mudar el título, y con resolución impropia de su cobardía dijo: *Quod scripsi, scripsi*.

Pero ¿quién va á creer á esa inscripción? ¿Cómo puede ser el Rey de los judíos ese Galileo que está en la cruz acabando su vida y dando su sangre, abandonado de todos menos

de su Madre y del más niño de sus discípulos y de unas pobres mujeres? No tenían razón los fariseos cuando decían: «¡Bah! ¡Si fuese el Hijo de Dios bajaría de la cruz! ¡Si es el elegido de Dios, si es el Rey de Israel, como dice ese letrado, que baje de la cruz y creeremos en él!»

¿Quién al oírle exclamar en su agonía «¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?» no diría: «Por fin ha caído en la cuenta de su engaño: pensaba que Dios le iba á librar y ha visto que no es así». Y cuando en seguida exclamó: «Todo se ha consumado», quién no le hubiera tenido lástima y no hubiera dicho: «¡Pobrecillo! ¡qué tarde se ha desengañado!»

Y, sin embargo, contra toda humana previsión y posibilidad, contra todo lo que allí se veía y oía, cuando menos podía esperarse nada de gloria, ni de triunfo, aquel siervo humillado, desamparado de Dios, crucificado, que es lo más que se puede decir, cuando todos le tenían ya por muerto, alza su regia frente, levanta al cielo sus divinos ojos, esfuerza su real pecho, da una gran voz y se apresta á reinar; y en el mismo momento en que la muerte va á echarse sobre él, matando á la muerte, más aún, sacando de la muerte vida y vida universal y triunfadora de todos los hombres, empieza su reinado donde otros acaban el suyo, y encomendándose

confiado á su Padre exclama: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Y murió. Pero á los pocos años todo el mundo se postraba á los pies de ese Crucificado, y hoy, después de diecinueve siglos, sigue reinando en todo el orbe, y es adorado por todos los pueblos, y venerado en innumerables altares, y saludado en todos los caminos: corona los edificios, adorna las coronas, brilla en los cetros, cubre los corazones y marca las frentes, labios y pechos de millones de súbditos suyos.

Por incrédulo que seais ¿qué milagro queréis más estupendo que el reinar desde la cruz Jesucristo: *Regnavit a ligno*, y no de una manera cualquiera sino como Dios: *Regnavit a ligno Deus?*

Porque verdaderamente arguye muy bien San Agustín. Una de dos: ó ese Crucificado ha obtenido un reino tan universal y duradero con milagros ó sin ellos; si con milagros, es evidente que se le debe creer; si sin milagros, tenéis que confesar que ha obrado el más estupendo milagro que se puede imaginar, que es lograr sin otros milagros ser tenido por Rey y por Dios un crucificado.

No fué, pues, prudencia de Pilatos sino providencia sapientísima de Dios haber puesto á la cabeza de la cruz ese título de: «El Rey de

los judíos» que nadie pudo desclavar. Ni los judíos cuando decían: *Si eres el Rey de los judíos baja de la cruz*, sabían lo que se decían; pues en la providencia de Dios la cruz era el lazo de unión de toda la realeza y majestad de nuestro Rey Mesías con toda la humillación del Siervo leproso y maldito por los pecados ajenos, á fin de ser de esta manera el más pasmoso cumplimiento de las profecías, y el más estupendo milagro de Dios, y por lo uno y por lo otro una prueba irrefragable de nuestra fe, escrita en todos los crucifijos del mundo.

II

Si es verdad que la vida es una calle de amargura; también lo es que al cabo de ella aparece animándonos á caminar Jesucristo clavado en la cruz despidiendo los fulgores de una consoladora esperanza, sin desesperación, sin presunción y sin desconsuelo.

Sin desesperación; porque si es verdad que nosotros somos muy malos, Jesucristo es muy misericordioso; si la ofensa hecha por el pecado es incalculable, la reparación dada por la pasión es infinita: abundaron, es verdad, los pecados, pero sobreabundó la gracia. «Todas nues-

tras culpas llevó Cristo consigo á la cruz en su cuerpo», según la hermosa expresión de San Pedro (I Pet. 2, 24), para extinguirlas allí en el holocausto de su carne. Y según otra expresión parecida de San Pablo (Coloss. 2, 15): «Borró el decreto de condenación que estaba escrito contra nosotros y lo destruyó clavándolo en la cruz consigo al mismo tiempo que su cuerpo». Gracias, pues, á esa víctima sacrificada en la cruz nadie debe desesperar, porque ya sin más trabajo que arrepentirnos y confesarnos se nos perdonan los pecados.

¡Cuántas veces nos ponemos á pensar sin provecho ninguno sobre el pavoroso problema de la predestinación, y aun queremos excusar nuestra propia maldad echando casi la culpa á Dios de que no nos salva á la fuerza! Lo que los cristianos hemos de hacer es mirar á un crucifijo y exclamar: No sé los secretos de Dios sobre la predestinación, lo que sé es que quien se deja crucificar por mí, sin duda ninguna quiere salvarme. Ahora bien, como decía San Pablo: «Si Dios está en nuestro favor, ¿quién puede contra nosotros? Si no perdonó á su propio Hijo, sino que por salvarnos lo entregó á la muerte, ¿cómo puedo pensar que juntamente con él no nos dió todas las cosas? ¿Quién acusará á los elegidos de Dios? Dios es el que los justifica; pues ¿quién

será el que los condene? Jesucristo es el que ha muerto por nosotros y luego ha resucitado y está á la diestra de Dios é intercede por nosotros: pues ¿quién nos separará del amor que Cristo nos tiene?» En verdad, si nosotros no queremos, nadie. «En todos los trances venceremos por medio del que nos amó» (Ad Rom. 8).

Por eso esta devoción á Jesús crucificado es la más acomodada á nosotros, pobres pecadores, á quienes continuamente está diciéndonos Cristo Nuestro Señor aquellas hermosísimas palabras que le atribuye San Agustín: «Estáis viendo las heridas que vosotros abristeis; el costado que vosotros alanceasteis: por vosotros y para vosotros han sido abiertos». Ojalá nunca pueda añadir aquellas otras: «y á pesar de todo ¡no habéis querido entrar por ellas!»

Y he aquí insinuada otra nueva enseñanza del crucifijo que nos advierte que nuestra esperanza no debe ser presuntuosa, ni debemos pretender salvarnos sin padecer. El que se salve ha de entrar por las heridas de Cristo Nuestro Señor y participar de su pasión. Y por esos decía San Pablo: «Que Dios á los suyos los predestinó á ser conformes á la imagen de su Hijo,

de modo que éste sea como un primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8, 29), al cual imitemos los demás en la herencia de la gloria y en los trabajos de la vida.

Si vemos á nuestro hermano primogénito que está crucificado, ¿cómo los hermanos menores vamos á pedir que se nos libre de penas? «Convenía, dijo á sus discípulos de Emaús, que Cristo padeciese y así entrase en su gloria» (Luc. 24, 26). Pues si el primogénito para ir á la gloria tuvo que padecer tanto ¿no hemos de padecer nada los demás hermanos? Dios exaltó á Jesucristo, según dice San Pablo (Philip. 2, 8), «porque se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz». Pues si el primogénito hubo de humillarse tanto y obedecer hasta tal punto, nosotros los hermanos menores y tan menores ¿queremos ir á la gloria con tanta soberbia, rebeldía, independencia y libertad? Y si al Hijo que era ejemplar de virtudes le hizo su Padre ejemplar de dolores, si al Hijo que no conocía pecado le hizo por nosotros víctima de pecado (II Cor. 5, 21), si al Hijo que era árbol florido de obras santísimas le hizo Dios sufrir tanta aflicción, ¡ay de nosotros! ¿cómo podemos presumir los hermanos menores, que lejos de ser ejemplos de virtudes somos leños secos y llenos de car-